

APUNTES SOBRE EL CONOCIMIENTO PROPIO EN SAN BERNARDO¹⁸³

El título de la presente nota trata de indicar las limitaciones de la misma. Esta reflexión tan sólo pretende exponer algunas perspectivas y aspectos del tema con clara conciencia de que algunos lados de ella han sido soslayados y otros no suficientemente desarrollados. De aquí el carácter provisorio de lo que sigue y la esperanza de poder hacer un estudio más amplio en el futuro.

Ante todo debe quedar claro que cuando san Bernardo afirma que para conocer a Dios debe el hombre conocerse primero a sí mismo, está hablando como heredero de una larga tradición; tradición que por cierto tiene su origen en los filósofos griegos, pero que fue modificada en su curso por los Padres de la Iglesia. Por lo que se puede conjeturar, las fuentes de Bernardo habrían sido san Agustín y el maestro de éste en Milán, san Ambrosio.

(El conocimiento propio en oposición a la curiosidad)

Para el Abad de Claraval el conocimiento de sí mismo es el paso inicial del regreso y búsqueda de Dios. Es, por lo tanto, el fin próximo y primario de la vida monástica.

Pero, antes de hablar de esta curva de retorno, se impone una palabra sobre la perversión del amor carnal por parte de la curiosidad.

El amor carnal es aquel amor “por el cual el hombre se ama a sí mismo por sí mismo” (*Dil* VIII: 23). Es legítimo como tal, dado que es connatural en el hombre: “innato en la misma naturaleza” (*ibid.*). Pero, de hecho, este amor no se contenta en caminar su ruta fijada –“no contentándose de ningún modo en la madre necesidad” (*ibid.*)– sino que desborda también sobre los campos del deleite – *voluptas*.

El hombre, a fin de posibilitar su conversión, debe tener una cierta conciencia del hambre insaciable que conduce el amor carnal a los campos de la voluptuosidad. San Bernardo nos ofrece, con frecuencia, un inventario de estas decepciones (cf. *Conc* III-IV; VI; VIII; *XC* I; III; VI; XIV; *Dil* VII: 18-20). Y, en estas mismas descripciones, suele mostrar la saciedad aportada por la mortificación que jerarquiza los sentidos; en alguna ocasión, aprovecha asimismo la oportunidad para exponer la “desemejanza” del pecador con respecto a Dios - *Regio dissimilitudinis* (*Div* XLII).

La curiosidad es, para Bernardo, la verdadera causa de la perversión del amor carnal. Ella ocasiona la ignorancia de la verdad estimativa, de la cual nace el apetito por los falsos bienes y

¹⁸³ Siglas de las obras de san Bernardo:

<i>Conv</i>	<i>Sobre la conversión.</i>
<i>Cons</i>	<i>De la consideración.</i>
<i>Ded</i>	<i>En la dedicación de la Iglesia.</i>
<i>Dil</i>	<i>Del amor de Dios.</i>
<i>Div</i>	<i>Sermones varios.</i>
<i>Ep</i>	<i>Cartas.</i>
<i>Gra</i>	<i>De la gracia y el libre albedrío.</i>
<i>Hum</i>	<i>De los grados de la humildad y de la soberbia.</i>
<i>Pent</i>	<i>En la fiesta de Pentecostés.</i>
<i>Quad</i>	<i>En el principio del ayuno.</i>
<i>SC</i>	<i>Sermones sobre el Cantar de los Cantares.</i>
<i>XC</i>	<i>Sermones sobre el salmo 90.</i>

su búsqueda presuntuosa. La segunda parte del tratado sobre la humildad muestra los tres grados de esta perversión:

- La curiosidad, en oposición a la entrada en uno mismo y al conocimiento propio (*Hum X*).
- El abandono en manos de los vicios (*Hum XI-XIX*).
- La permanencia en el amor propio (*Hum XX-XXII*).

Ahora bien, el conocimiento de sí y la “consideración” aniquilan la curiosidad, de aquí que constituyan elementos esenciales en el trabajo de la conversión. San Bernardo no se cansa de invitar: “volved al corazón” (*Conv II: 3*), “permanece en ti” (*Cons I,II: 3; V: 6; VII: 8*).

Este conocimiento propio es, como ya dijimos, el paso inicial en el “camino de la humildad” que nos trae de vuelta a la casa del Padre (cf. *Hum II: 5*).

(El conocimiento propio como fundamento de la vida espiritual)

Sobre el conocimiento propio descansa todo el edificio de la vida espiritual, oigamos al mismo Bernardo:

“Os ruego, hermanos míos, por la común salvación, que recibáis la oportunidad que se os ofrece de obrar vuestra salvación. Os ruego... que os apliquéis a lo que vinisteis... No tenéis aquí ningún cuidado de alimentar a los hijos, ninguna preocupación de cómo agradaréis a las mujeres; no es necesario pensar en platos, ni en negocios seculares, ni en la misma comida y vestido... Así os esconde Dios en lo oculto de su tabernáculo. Reposad, pues, y advertid que El mismo es Dios (S. 45,11). Mas para que alguna vez podáis esto, primero debéis procurar ver qué sois vosotros. Según la voz del mismo profeta: ‘Sepan las gentes que son hombres’ (S. 9,21). Por tanto emplead todo vuestro reposo en una doble consideración, como hacía el santo –Agustín– en su oración: ‘Señor, conózcate a ti y conózcame a mí’ ” (*Div II: 1*).

En este contexto, cabe ahora preguntarse: ¿qué papel juegan las otras ciencias en la vida del monje? Ante todo, no hay que “descuidar las ciencias o letras, que adornan al alma, la instruyen y capacitan para instruir a otros” (*SC XXXVII: 2*). Bernardo no ignora “cuánto han servido y sirven todavía a la Iglesia sus letrados, sea refutando a los contrarios, sea instruyendo a los sencillos” (*SC XXXVI: 2*). Pero, tampoco se debe olvidar que toda la actividad monástica, comprendida la del intelecto, debe tener un Motivo espiritual: la búsqueda de Dios y la “quietud” contemplativa (cf. *SC XXXVI; Ep XVI*). A este fin san Bernardo indica a sus monjes el modo de saber, es decir:

- Con qué orden: “de suerte que aprendamos antes todo lo más necesario para la salvación” (*SC XXXVI: 2-3*).
- Con qué aplicación: “a fin de aprender con más ardor lo que más vivamente puede movernos al amor” (*SC XXXVI: 3*).
- Con qué fin: “a fin de no aprender por vanagloria o curiosidad... sino sólo por la propia edificación o la del prójimo” (*SC XXXVI: 3*).

Debemos notar que esta recomendación que se nos hace, de conocernos a nosotros mismos, no es de origen humano sino divino:

“Son muchos los caminos de la confesión; son muchos los senderos que hay para encontrarla; son difíciles de retener e imposibles de enumerar. El primer sendero y el primer grado de este camino es el conocimiento de sí. Esta sentencia cayó del cielo: hombre, conócete a ti mismo. Mira a ver si el Esposo no dice lo mismo también a la Esposa en el Cántico del amor: ‘Si te ignoras a ti misma, oh hermosa entre las mujeres, sal y vete’ (Ct 1,7). El conocimiento de sí mismo consiste en tres cosas: en conocer el hombre lo que ha hecho, lo que ha merecido, lo que ha perdido” (Div XL: 3).

Y san Bernardo no nos permite dudar de la importancia de este consejo:

“Aunque seáis sabio, os falta para llegar a serlo, si para vos no lo sois... No es sabio, pues, el que no lo es para sí. El que de veras lo quiere ser, será sabio para sí y beberá, el primero, de la fuente de su pozo” (Cons II,III: 6).

(Contenido negativo del conocimiento propio: experiencia de la “ semejanza extravagante”)

En definitiva, ¿qué significa conocerse? En su forma más obvia, significa tomar conciencia de que somos imágenes desfiguradas de Dios:

“¿No te avergüenzas de tener la cabeza elevada y el corazón torcido, el cuerpo recto y el corazón arrastrado por la tierra? ¿Acaso no es arrastrarse por la tierra el gustar la carne, el desear cosas carnales, el buscar cosas carnales? Mas, porque has sido creado a imagen y semejanza de Dios, al perder la semejanza, te haces semejante a los brutos no obstante conservar su imagen. Si puesto en sublimidad no advertiste que eres barro, hundido en el barro, no ignores que eres imagen de Dios y avergüénzate de haberle dado una semejanza extravagante” (Div XII: 2).

Huelga decir que el autoconocimiento que nos confronta con nuestra miseria –la semejanza extravagante– no es de orden conceptual. Se trata de una experiencia concreta y diaria: la del pecado, manifestado en la atracción hacia el mal que todos experimentamos.

Sin muchos rodeos, Bernardo reconoce su situación personal: “Todas las veces que pongo el pensamiento en mi propia miseria y en los peligros que me cercan, no es maravilla que se turbe en mí mismo mi alma” (Quad V: 1); y esta situación es también la de sus hermanos: “Ni es mucho que tenga una gran solicitud y que me conturbe un grande temor sobre todos vosotros, pues os veo expuestos a tanta miseria y peligros” (ibid.). Y esta miseria es algo muy íntimo y manifiesto:

“Nosotros mismos –como es manifiesto– llevamos nuestro lazo, por todas partes llevamos con nosotros el propio enemigo; esta carne, digo, nacida de pecado, alimentada en el pecado, corrompida demasadamente desde su origen, pero mucho más viciada por la mala costumbre. De aquí es que tan acremente combata contra el espíritu, que continuamente murmure y no sufra la disciplina, que sugiera cosas ilícitas, que no obedezca a la razón, ni se refrene con temor alguno” (Quad V: 1).

El astuto enemigo tiene un aliado en el mismo hombre, se vale de su misma debilidad a fin de esclavizarlo: “Sopla el fuego natural de la concupiscencia con venenosas sugerencias, enciende movimientos ilícitos, prepara ocasiones de pecado...” (Quad V: 2); en una palabra: “Esta –la serpiente– ata nuestras manos con nuestra propia soga y (como suele decirse) nos hiere con nuestro báculo, haciendo que la carne que nos fue dada para nuestra ayuda sirva de lazo y ruina contra nosotros” (ibid.). El éxito del combate depende de una valerosa resistencia basada en el reconocimiento de nuestra flaqueza y el amparo en la misericordia de Dios (cf. Quad V: 4). Esta última realidad queda plasmada en concisa fórmula en el *Sermón sobre la Conversión*: “La

misericordia hace al hombre bienaventurado; pero el asiento propio de ésta es la miseria” (*Conv VII: 12*; cf. *Ded V*: en especial el párrafo 8).

El Sermón VI para la Cuaresma es todo un tratado sobre la miserable situación humana; Bernardo detalla todo aquello que nos separa de la voluntad del Señor: la malicia, la flaqueza, la concupiscencia y la ignorancia:

“Hay en nosotros como por naturaleza, más bien para ruina de la naturaleza, una pésima afición y ansia de hacer daño, de suerte que se halla en nuestras miserables almas un inextinguible deleite de lo malo”.

“... La misma flaqueza de este cuerpo corruptible impide que nuestra voluntad pueda juntarse con la divina. Pues a nosotros, lo que sentimos que es molesto no puede menos que desagradarnos, y en esto muchas veces se desvía nuestra voluntad de la de Dios...”.

“Ni es sola la aflicción del cuerpo la que nos estorba; nos impide también la concupiscencia, por la cual nos derramamos en varios e insaciables deseos”.

“El cuarto impedimento es nuestra ignorancia, de la cual sabéis cuánto nos estorba. Porque ¿cómo seguiré la voluntad de Dios por guía cuando la ignoro?” (*Quad VI: 1-4*).

Cada uno no tiene más que consultar su “propia experiencia” para constatar que su vista espiritual se turba unas veces: “con los deleites del propio cuerpo, otras con la curiosidad mundana y la ambición” (*Conv XVII: 30*). El espíritu del hombre se encuentra como “embobado” y pesado, todo lo cual le incapacita para penetrar las cosas sublimes y elevadas (*SC IX: 3*; cf. *Div XVI: 1*; *XXVIII: 6*).

En fin, es todo el hombre el que se encuentra en una situación verdaderamente miserable:

“Se ve, finalmente, el alma a sí misma contaminada, no por otro que por su propio cuerpo, no de otra parte que de sí misma... El entendimiento se encuentra defectuoso, ciego en algún modo, puesto que no ha llegado a ver hasta ahora estas cosas, y debilitado enteramente, puesto que ni aun habiéndolas conocido puede remediarlas; la memoria a un mismo tiempo se encuentra feísima y fetidísima; y la voluntad, igualmente, lánguida, manando por todas partes sus horribles úlceras. Y para que nada quede de cuanto hay en el hombre, el cuerpo mismo se mantiene rebelde...” (*Conv VI: 11*)

(Contenido positivo del conocimiento propio: creado a imagen y semejanza de Dios)

Pero al profundizar aún más, gracias a la ascesis y purificaciones, en el conocimiento propio el hombre encuentra en sí un triple tesoro: “Otros bienes más eminentes –que los hallados en el cuerpo– búsquelos el hombre en aquella parte superior de sí, es decir, en su alma; los cuales bienes son la dignidad, la ciencia y la virtud. Llamo dignidad en el hombre el libre albedrío –o sea, el conocimiento libre de la voluntad (*Gra II: 4*)–, por el cual se le ha dado no sólo sobrepasar a todos los animales, sino también dominarlos. Ciencia llamo a aquel conocimiento con que reconoce esta dignidad en sí mismo, pero no de sí mismo. Y entiendo por virtud aquel afecto con que consiguientemente se vuelve a buscar con diligencia a aquel mismo Señor de quien tiene el ser y a agarrarle con fuerza después que le ha hallado” (*Dil II: 2*; cf. 6).

Creo que es válido decir que, así como la “dignidad” del hombre se identifica con el “libre albedrío” o “libertad de necesidad” (*Gra III: 7*), en el que consiste la “imagen” de Dios en él (cf. *Gra IX: 28*); de igual modo la “ciencia” y la “virtud” dicen referencia a la “libertad de pecado” o “libre consejo” y a la “libertad de miseria” o de “buen placer” (cf. *Gra. III: 7*; *IV: 11*), por las

que Dios comunica a la criatura racional la “verdadera sabiduría” –no poder querer lo malo (cf. *Gra* VI: 20; VII: 21)– y la “potencia absoluta” –no estar privado de lo que se quiere (cf. *ibid.*)–, dones ambos en los que consiste la semejanza accidental de la sabiduría y potencia divina que hemos perdido por el pecado y recobramos por la gracia (cf. *Gra* IX: 28. 30) de aquel que es Sabiduría y Virtud de Dios (ej. *Gra* VIII: 26).

De este modo, en su instancia más íntima, el autoconocimiento versa en el hecho de que somos a imagen y semejanza de Dios. Es verdad que, en la tierra, este conocimiento no se goza sino muy poco (cf. *Gra*. IX: 30) y sólo en la medida en que el hombre interior se robustece al debilitarse el imperio del pecado y crecer el reino de la gracia (cf. *Gra* IV: 12). Es decir que, en esta vida, este aspecto positivo del autoconocimiento sólo existe en parte en aquellos espirituales en los que ya no reina el pecado, y que breve y raramente son raptados por el éxtasis de la contemplación (cf. *Gra* IV: 12; V: 15). Lo mismo podría decirse, aunque más parcialmente, de todo aquel que reprime la concupiscencia por la libertad de consejo y no terne las aflicciones y reveses de esta vida, manteniendo la justicia y la verdad por medio de la libertad de buen placer (cf. *Gra* VIII: 26). Y, finalmente, podríamos decir que también conoce la semejanza de Dios en sí mismo, todo aquel que juzgándose a la “luz de la ciencia” –Don del Espíritu Consolador– se reputa, una vez que ha hecho todo bien, como siervo inútil y ese bien que encuentra en sí lo atribuya a aquel Señor de quien procede todo lo bueno (cf. *Pent* II: 6; *SC* XVIII: 1).

(De la humildad al “amor social” y al amor de Dios)

Ahora bien, la condición necesaria que permite conocerse a sí mismo es la humildad; esa humildad que es una “virtud por la cual el hombre teniendo un conocimiento muy verdadero de sí mismo, se hace menospreciable a sus propios ojos” (*Hum* I: 2).

Podemos preguntarnos; ¿qué hace el hombre cuando practica la humildad? ; sencillamente, da pruebas de que conoce su miseria y grandeza y las juzga como tales, por lo tanto se juzga como Dios mismo le juzga. Vemos, entonces, que la humildad es necesaria para alcanzar la verdad; de hecho, la humildad corresponde a la verdad sobre uno mismo.

Esta verdad sobre nuestra miseria no es estéril, nos enseña a amar dado que nos abre los ojos ante la miseria de nuestro prójimo. Conocer la verdad propia es, por lo tanto, conocer la verdad del vecino, y es necesario conocerla, no para juzgarla –como cuando se trata de la nuestra– sino para compadecernos de él. Este proceso es semejante al del amor: de la afección natural, de ese “amor carnal” que el hombre dedica a sí mismo –mediante la gracia del mandato “amarás a tu prójimo como a ti mismo” (*Mt* 22,39) y teniendo a Dios por causa– pasa a extender la autoindulgencia a la indulgencia para con el prójimo, consorte de la naturaleza, de este modo el amor carnal se hace también “social” al extenderse para el bien de muchos (cf. *Dil* VIII: 23,25).

Este conocimiento de nosotros mismos no sólo nos lleva al conocimiento y amor de nuestro prójimo sino que también, y principalmente, al conocimiento y amor de Dios (cf. *SC* XXIII; XXXVII: 1). Aún más, no existe el conocimiento de Dios sin el conocimiento de sí; de aquí que el Verbo-Esposo le diga al alma, su Iglesia, en el *Cantar*: “¿Cómo me pides contemplarme en toda mi esplendorosa claridad, tú que todavía no te conoces a ti misma?” (*SC* XXXVIII: 5); y el Abad de Claraval recomiende a sus monjes:

“Busquemos, pues, al menos por aquellas cosas que han sido hechas, el conocimiento de las cosas invisibles de Dios. Y, si éstas las contempla el alma en las demás creaturas, es necesario que las mire y contemple mucho más sutilmente y mucho más dilatadamente en la creatura que ha sido hecha a imagen del Creador, esto es, en sí misma. Entre las creaturas que habitan bajo el sol, ninguna está en un grado más próximo a Dios que el alma humana, de suerte que con razón le diga el profeta:

‘Bienaventurado el varón cuyo auxilio le viene de ti’. Dispuso en su corazón grados para subir a ti” (SC 86: 6-8; Div IX: 2; cf. Dil IX: 26; SC XXXVI: 6).

Por último, Bernardo nos explica la razón de la necesidad de esta doble ciencia:

Sin el conocimiento de sí –que consiste en un juicio en la fe (cf. SC XXXVI: 5; LV: 3)– caemos en el orgullo que es el principio de todo pecado (cf. SC XXXVII: 6), mientras que conociéndonos adquirimos la humildad (cf. SC XXXVI: 5) y el temor de Dios que es principio de la sabiduría (cf. SC XXXVII: 1).

Por otro lado, el conocimiento de Dios que emana de la confrontación con nuestra propia miseria y que consiste en una experiencia de la misericordia de Dios y en un recto juicio de lo que Él es (cf. SC XXXVI: 6; XXXVIII: 1-2), engendra en nosotros: la dulzura que templará la amargura del propio conocimiento (cf. SC XXXVI: 6) y el amor que es la perfección de la sabiduría (cf. *ibid.*). Su ausencia nos hace caer en la desesperación que es la consumación de todo pecado (cf. *ibid.*).

De aquí que ambos conocimientos son necesarios porque no hay salvación sin temor y amor de Dios (cf. SC XXXVII: 1).

*Ntra. Sra. de los Angeles
Azul, 10 de diciembre de 1972*